



Samuel Bonilla*

Reseña del libro *College: What it was, is, and should be*

“**C**ollege: *What it was, is, and should be*”, como muchas de las grandes obras literarias, muestra al lector vulnerable ante viejas interrogantes que trascienden el tiempo y la geografía. Este libro de la autoría del condecorado medallista nacional de las Humanidades y miembro de la Academia Estadounidense de las Artes y las Ciencias, Andrew Delbanco, utiliza recursos propios de la filosofía para reivindicar a la universidad como puerta de entrada a la vida examinada que debiera definir a una ciudadanía plena.

Delbanco construye sus principales argumentos en torno a la premisa de que la universidad como institución democrática está en crisis. La democracia, aunque pensada originalmente para poblaciones muy distintas, fue concebida como el sistema idóneo para la administración del Estado. La educación, por tanto, debía responder a ese ideal. En consecuencia, el autor sugiere que la universidad debe desarrollar en sus estudiantes cinco cualidades fundamentales:

1. un descontento escéptico respecto al presente, informado por un entendimiento del pasado;
2. la capacidad de producir pensamiento abstracto;
3. la apreciación del mundo natural, reforzada por el conocimiento de la ciencia y las artes;
4. una disposición para imaginar experiencias desde perspectivas distintas a las propias (empatía); y
5. un sentido de responsabilidad ética.

Esas cinco cualidades, dice Delbanco, son las destrezas propias de una ciudadanía reflexiva y madura.

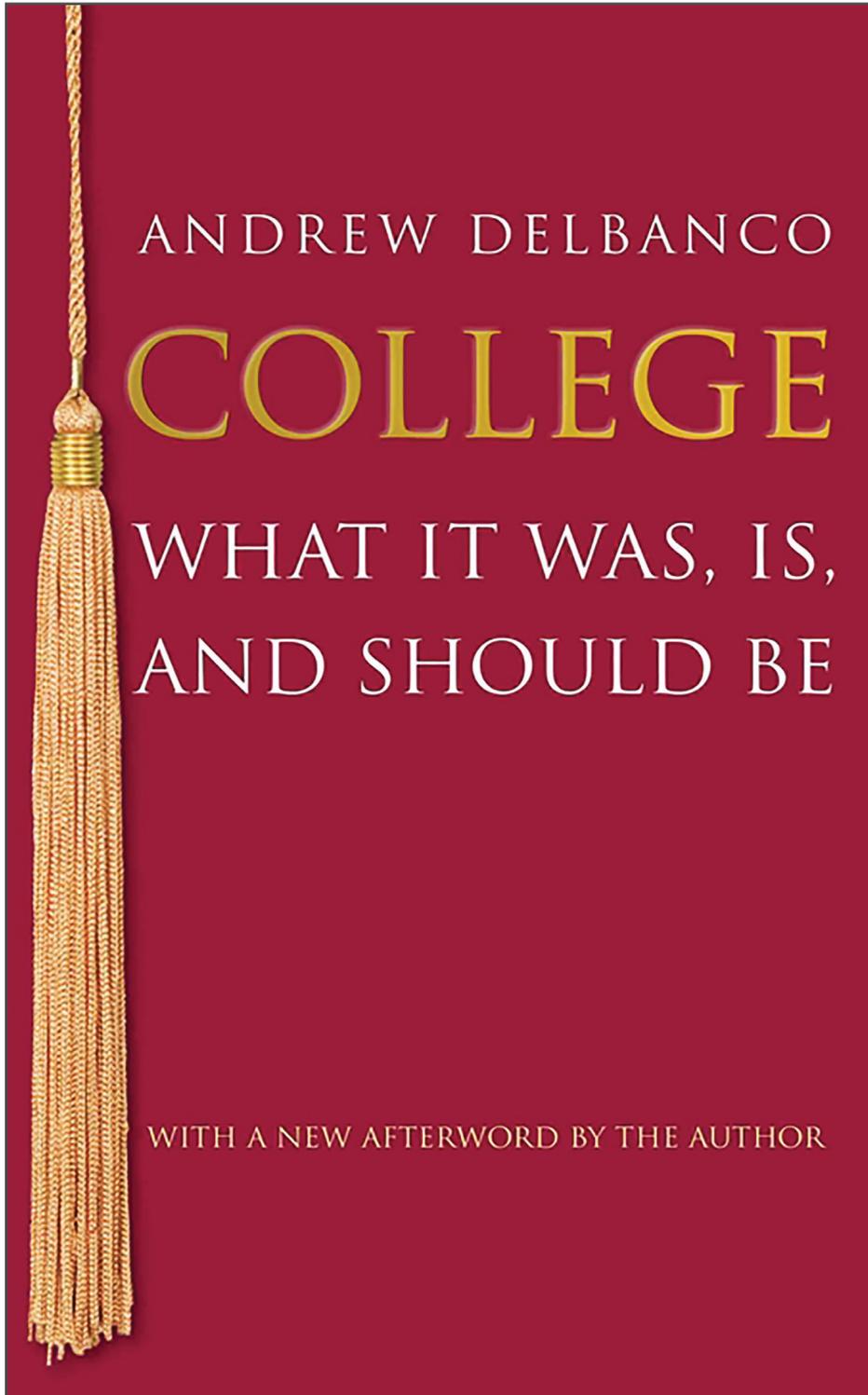
Uno de los temas más incisivos del libro es la convicción explícita del autor de lograr el necesario grado de autonomía en el proceso de aprendizaje del estudiante. Esa autonomía, explica Delbanco, no se construye a través de cátedras magistrales, donde el estudiante por lo general pasa a ser un ente pasivo y sumiso.

La discusión gana valor si reconocemos la intención de muchas universidades de migrar a una metodología de enseñanza-aprendizaje donde el estudiante es protagonista y el profesor un mediador del aprendizaje.

La autonomía como concepto nos llevaría a suscribir, por ejemplo, que el hombre no es, ni puede ser dueño del monopolio de la verdad.

***Samuel Bonilla:** Cuenta con maestrías en Relaciones Internacionales y Educación Comparada Internacional de la Universidad de Columbia y la Universidad de Stanford respectivamente. Se desempeña como Encargado de la Unidad de Desarrollo Profesional del Campus Santo Tomás de Aquino de la Pontificia Universidad Madre y Maestra (PUCMM).

De ser así, la universidad debiera promover incluso el cuestionamiento de sus docentes por parte de los estudiantes. Pero asumir el imperativo socrático de la duda como esencia en el aula, requiere de mucho coraje. Producir ese coraje, sostiene Delbanco, es la tarea fundamental de una universidad. ¿Posible? Ser autónomo, es algo difícil de comprender, pues implica la promoción de un pluralismo secular propio de la academia en su concepción más pura. Así lo piensa el autor.



No debe ser motivo de sorpresa, entonces, que el autor acuda de manera reiterada al pensamiento de Thomas Jefferson. El padre fundador de la nación estadounidense, autor de la Declaración de Independencia de 1776 y eventual fundador de la Universidad de Virginia, quien creía que la zapata de un gobierno republicano era la opinión del pueblo.

Consecuentemente, entendía que una democracia requería de una ciudadanía educada “capaz de discernir entre la argumentación responsable y la demagogia.” Haciendo uso de las ideas de Jefferson, Delbanco ilustra de manera magistral el conocido dilema educativo de la cantidad versus la calidad.

En ese sentido, de acuerdo con el autor, si bien podría existir un consenso sobre la necesidad de lograr un acceso universal a la universidad propio de una visión de la educación como derecho, no es menos cierto que educar para la democracia requiere de un tipo de formación que estimule el diálogo, la tolerancia, el respeto y la pluralidad de las ideas.

Delbanco presenta las fortalezas del modelo educativo de las artes liberales. Hace referencia específica al *core curriculum* implementado en la universidad donde imparte docencia (Columbia) que le requiere al estudiante tomar materias que lo inserten en el debate intenso alrededor de las más complejas interrogantes sobre la experiencia humana.

La idea de las artes liberales, que viene de los griegos, busca evitar que el ciudadano acepte trabajos que le requieran poca o ninguna destreza; por el contrario, busca que el ciudadano se inserte en el debate de las ideas, y para eso, debe estudiar. Ese proceso de estudio no es uno solitario, es colaborativo; nuestra capacidad de reflexión y de autocrítica se limita en la medida en que nos encontramos solos y nos mostramos incapaces de contraponer nuestras ideas a nuevas experiencias y perspectivas.

Si asumimos el coraje necesario para cuestionar las ideas que se nos presentan en el libro, podríamos plantear una contradicción en el modelo de las artes liberales expuesto por Delbanco. Desde la mayoría de las universidades élites norteamericanas, se promueven valores únicamente de culturas occidentales. Una educación propia de la democracia también es una idea cargada de sesgos como la de quien camina con una venda puesta, pues niega otras experiencias humanas (i.e. orientales) ricas en aprendizajes. ¿Quiénes somos para negar esas experiencias que también servirían para reflexionar sobre nuestros propósitos como humanidad y el estado ideal de las cosas que queremos alcanzar?

La universidad es la máxima expresión de la formación integral del hombre, su cuerpo, su alma y su intelecto, para fomentar un entorno interdisciplinario que, según muchos expertos educativos, es el responsable de las altas tasas de creatividad e innovación que le conocemos a Estados Unidos. Así se concibió la universidad americana desde sus inicios, comenzando por Harvard en 1636. Entre uno de los elementos que posibilitan la implementación de una educación en artes liberales como la que ofrecen Harvard, Columbia y Princeton, es el tamaño de sus clases.

Sólo con un grupo pequeño, entiende el autor, puede el docente moldear los argumentos de los estudiantes, desafiarlos y contraponerlos de manera que logren la profunda reflexión propia de quien está dispuesto a cuestionar lo que siempre entendió ser cierto. En el contexto de una educación pensada para las democracias robustas, el tamaño del aula adquiere un valor especial. En República Dominicana, ¿es posible una democracia deliberativa cuando la educación universitaria se muestra incapaz de garantizar espacios reducidos para la discusión de ideas?

Por otro lado, Delbanco explica la crisis universitaria con lujo de detalles. Aun cuando son más y más los que cada día van a la universidad, parecen olvidarse del proceso educativo integral. Cada vez son menos los profesores que se reúnen dentro de sus propias facultades para conversar sobre cuestiones de la disciplina que imparten o de la pedagogía detrás de sus clases.

Ante tal realidad se vuelve imperativo luchar por conservar la naturaleza académica de las instituciones, que buscan parecer grandes empresas en lugar de casas de estudios superiores. La crisis recae sobre las principales autoridades académicas, quienes deben luchar con la preocupación de que muchos de sus docentes no son buenos facilitadores del carácter propio de la vida examinada. “Si la mayoría de los estudiantes no conocen la verdadera experiencia universitaria, tampoco sus docentes”. Esa es la gravedad de la crisis que vivimos.

Es evidente la crisis que han desatado las autoridades estatales educativas de España y Chile por intentar suprimir la filosofía del currículum de la educación media. El atentado contra las humanidades es una muestra más de la incompreensión de la crisis, pues nos enseña cómo quieren destruir todo aquello que deberíamos estar buscando construir: razonamiento lógico, capacidad para la reflexión crítica, un espíritu inquisidor, la fuente de la duda como cultura. Dicho eso, rescato con satisfacción la crítica de distintos intelectuales públicos; por un lado, Fernando Savater, conocido escritor español y Carlos Peña González, rector de la Universidad Diego Portales en Chile. Me pregunto: ¿serían capaces nuestros profesores universitarios de desafiar públicamente una decisión semejante?

La lectura de este libro sirve para contextualizar las discusiones en las que se encuentra inmersa la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra con la elaboración de su Plan Estratégico 2016-2021. Pero para poder lograr ser fiel al propósito de formar ciudadanos críticos de su entorno y de sí mismos, los docentes son fundamentales. Por eso sería tan aleccionador y relevante para nuestra universidad conocer las ideas de Delbanco.

El propósito democrático no se mide en pruebas estandarizadas ni en rankings universitarios, por lo menos no de manera directa. Por eso la importancia del docente como moderador de un tipo de proceso de socialización, de construcción y reflexión, más que de transmisión. Eso le imputa un desafío grande al sistema universitario dominicano que se ha quedado rezagado en la construcción de una carrera docente profesionalizada y digna. La idea no se trata tanto de cambiar lo que tenemos sino de entender. Nuestro sistema universitario ha conocido muchos cambios, pero ¿son esos los cambios que necesita?

La tarea de educar es difícil, la de promover un cambio en la educación superior y avanzar, es todavía mayor. Cerramos con el consejo de Delbanco, el propósito no debe ser el de encontrar respuestas, sino lograr un mayor número de preguntas.